

EL TRÁGICO DESTINO
DE LOS
HIJOS
— DE LOS —
REYES
CATÓLICOS
VICENTA MÁRQUEZ DE LA PLATA

punto de lectura



Preámbulo

La muerte prematura de todos y cada uno de los herederos de los Reyes Católicos, hasta llegar a doña Juana, tuvo como consecuencia inmediata la entrega de Castilla, León, Galicia, Aragón y todas las tierras de Ultramar en manos de una dinastía proveniente de Centroeuropa, dinastía, por otra parte, ajena a todos los avatares históricos de la península Ibérica.

En este sentido la tragedia de los Trastámaras fue la tragedia de España que abortó como nación vertebrada bajo una Corona autóctona, una Monarquía que entendiérase a los españoles y que concentrase sus esfuerzos y enorme potencial en asuntos domésticos.

El primer golpe vino dado por la muerte del príncipe Juan, heredero de todos los reinos y señoríos de sus padres. Con él ya no habría un rey para Castilla y otro para Aragón, los grandes reinos peninsulares, sino que se unirían bajo una sola Corona. Fallecido prematuramente, dejó a su esposa doña Margarita embarazada de un niño, que de nacer hubiese reemplazado a su padre en los planes de los Reyes Católicos. Pero este niño tan esperado no nació, o mejor dicho ni siquiera llegó a término el embarazo.

Roto este primer escalón, había que acudir a la herencia cognada, es decir, por línea femenina. La mayor de las hermanas, doña Isabel, que ya había sido jurada como princesa de Asturias antes de nacer don Juan, es llamada a ocupar el lugar del heredero *en defecto de varón*. Aún hay esperanzas de unificar los reinos, pues la infanta Isabel, además, está casada con el rey de Portugal, Manuel I el Afortunado, lo que significaría que también Portugal se uniría a la amalgama de reinos ibéricos y que, en cuanto a los reinos de

Ultramar, aportaría también los suyos. Pero doña Isabel muere al dar a luz a su primer hijo.

Muertos don Juan y su hijo, y ahora doña Isabel, el hijo superviviente de la Infanta, don Miguel, es la esperanza de toda España. En él se unirían todos los reinos ibéricos tanto los castellano-aragoneses como los lusitanos. Una herencia como no se había visto otra. Los Reyes Católicos se quedan con el Infante para educarlo como el príncipe cristiano, ideal del Renacimiento, como habían hecho con don Juan. Pero también el infante Miguel muere. No tenía ni siquiera 2 años. El tiempo corre y la herencia pende de un hilo.

La otra hija, doña Juana, en quien recaen ahora los derechos dinásticos, da muestras de ser débil mentalmente. Su marido, el archiduque conocido como El Hermoso, no simpatiza con Castilla ni con los planes de don Fernando de Aragón. Por el contrario se dedica a boicotear los planes de su suegro. El enemigo de España es Francia, don Felipe de Austria es abiertamente francófilo, incluso ha prestado homenaje feudal de vasallaje al rey de Francia. En caso de guerra con Castilla o Aragón don Felipe deberá pelear... al lado de Francia, y ello aunque llegue a ser rey consorte en Castilla.

La historia terminará entregando el Reino a un hijo de doña Juana y don Felipe: Carlos, pero éste es un extranjero, educado en los países flamencos, sus intereses están en Centroeuropa, sus esfuerzos se dedicarán a defender su herencia borgoñona, a las guerras de religión que amenazaban con la disgregación de sus posesiones europeas, y estas tierras heredadas en el rincón más suroccidental de Europa son sólo una de sus posesiones, la que a la larga menos dificultades le causa y la que sufraga sus guerras en todo el mundo.

Hubo un momento en que Castilla pudo ser mediterránea o atlántica, según hubiese escogido seguir la vocación aragonesa, volcada hacia el Mediterráneo, o concentrarse en sus posesiones de Ultramar, cruzando el Atlántico. Cualquiera de las dos opciones, o ambas a la vez, eran esencialmente hispanas. La potencia de los reinos de los Reyes Católicos, los más modernos y ricos de Europa, habrían permitido tal aventura con visos de éxito. Finalizada la Reconquista el sentir del pueblo era que ninguna proeza estaba fuera de su alcance.

Una hipotética unión con Portugal hubiese sido bien vista porque ambos reinos ibéricos tenían una identidad de intereses, que si

bien en un principio pudiesen dar lugar a diferencias, luego se tornarían en una unión de compromisos semejantes, mucho más profunda y duradera. La energía acumulada en la lucha contra los árabes no sólo era energía guerrera, sino energía espiritual, como bien atina a decir Ángel Ganivet en su *Idearium español*. Él cree que, con esta fuerza espiritual, España, de cumplir su propio destino, habría sido una nueva *Grecia cristiana*.

Pero nada de eso fue posible. Perdida la dinastía de reyes auténticamente españoles, una dinastía extranjera vino a suplantar a la que dejaba su sitio por muertes repetidas. Los Austrias tenían intereses europeos, y por ello abandonaron los intereses *periféricos*. España, lo que hubiera podido ser, se dispersó en guerras interminables, que en puridad fueron inútiles para la muy necesaria vertebración de la nación hispana. Don Carlos fue un gran rey y un gran emperador, pero no para España.

El príncipe don Juan de Trastámara (1478-1497)

«Allí quedaba enterrada la esperanza de España entera».

PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA

El primer hijo nacido a los Reyes Católicos fue una princesa, doña Isabel, la cual, *en defecto de varón*, fue jurada princesa de Asturias. Nació el príncipe Juan ocho años después que su hermana, entre el gran regocijo de sus padres y todo el pueblo.

Fue educado exquisitamente, y demostró dotes que no llegaron a florecer del todo por su temprano fallecimiento. Con él sus maestros y tutores intentaron formar el prototipo del príncipe cristiano, ideal del Renacimiento.

Para el joven don Juan se pensaron varias bodas con distintas candidatas, de las que llegó a buen término la acordada con doña Margarita de Austria, hermana de Felipe el Hermoso e hija de Maximiliano de Austria y María de Borgoña. La historia nos dice que los jóvenes se enamoraron a primera vista. Todo era prometedor.

Fue el Príncipe de salud más bien frágil y, por el motivo que fuese, a poco de casarse, cuando aún no había terminado su luna de miel, falleció, lo que sumió a sus padres y a todo el país en el más grande desconsuelo. Con su fallecimiento, todos los planes de los Reyes Católicos de vertebrar a los distintos reinos bajo una misma Corona se venían abajo de una sola vez. La herencia de los monarcas Isabel y Fernando había, necesariamente, de pasar a una línea agnada, por lo que a la larga, y por repetidas muertes, vino

a recaer en doña Juana la Loca. Con ello se frustró la esperanza de una línea de reyes específicamente españoles.

En su lápida figura el comentario de Pedro Mártir de Anglería, que resume lo sucedido: *Aquí yace la esperanza de España.*

PRIMEROS AÑOS

Ocho años después de que la Reina Católica alumbrara a su primogénita, doña Isabel, nació don Juan, el deseado heredero varón. Entre el primero y el segundo nacimientos perdió la soberana otros hijos nonatos. Y no es de extrañar, pues doña Isabel era una reina «harto viajera», y seguramente a consecuencia de esos frecuentes desplazamientos malogró varios embarazos.

Nació el Infante entre el regocijo popular en Sevilla, el 29 de julio de 1478. La razón de que naciese en esta ciudad es que sus padres se hallaban allí preparando la campaña de Andalucía. Al saberse la noticia de que la Reina había parido varón los habitantes de todos los reinos sintieron tanta alegría, satisfacción y júbilo, que Pérez del Pulgar lo consideró digno de reseñarse y lo resume así:

Por el nascimiento deste Príncipe se fizieron grandes alegrías en todas las cibdades e villas de los Reynos de Castilla, et de Aragón e de Sicilia e de todos los otros señoryos del rey et de la Reyna porque plugo a Dios darles heredero varón en ellos¹.

Hacía ya años que la Reina había rogado a Dios que le concediese un heredero del sexo masculino, pues estaba en el espíritu de los tiempos que fuese hombre el heredero de la Corona —cosa comprensible, ya que el ejercicio de la guerra era el principal y más acuciante menester de un soberano, y en esta tesitura y oficio era preferible el varón a la hembra—. La alegría de la Reina era infinita. Para lograr su propósito la piadosa soberana había elevado innumerables preces y aun peregrinado al santuario de San Juan de Ortega, que tenía fama de milagroso en tales asuntos. Ese 29 de julio todas sus plegarias habían hallado respuesta: por fin la Reina había parido un hijo varón. Los reyes y el pueblo no cabían en sí de gozo.

De acuerdo a la estirpe del recién nacido el bautismo revistió gran solemnidad. Como padrino el Papa se hizo representar por

su legado, D. Nicolás Franco. Acompañaron a éste como copadrinos: el embajador de la Señoría de Venecia; el condestable de Castilla, don Pedro Fernández de Velasco, conde de Haro, y el conde-duque de Benavente, don Rodrigo Pimentel², que representaba a lo más granado de la nobleza. En la criatura que se bautizaba ese día se reunían el poder y la legitimidad sobre la herencia de los Reyes Católicos, ambos aportaban reinos a la herencia común. Las celebraciones duraron tres días y tres noches. Según el testimonio del cura de Los Palacios³, *bubieron juegos de cañas y se lidiaron veinte toros*. El Ayuntamiento de Sevilla se hizo partícipe del regocijo de la nación entera y corrió con los gastos diciendo que *lo que costase todo esto, e las albricias que se avían de dar, se buscasse donde se pudiese*. Y es que la noticia era de la mayor importancia para la nación entera, y la ciudad se alegraba de que la soberana hubiese dado a luz un varón justo allí, cosa que quedaría para la memoria de las gentes y se reflejaría en la documentación para los tiempos venideros.

El ya mencionado cura de Los Palacios nos dejó estas palabras en relación al bautizo del Infante:

Una gran procesión con todas las cruces de las collaciones [equivalentes a las parroquias de hoy en día] de la ciudad e con infinitos instrumentos de música, de diversas maneras de trompetas e chirimías e sacabuches. Trájolo su ama en los brazos mui triunfante debajo de un rico paño de brocado⁴, que tienen ciertos regidores de la ciudad con sus cetros en las manos...

Actuó de madrina en la pila bautismal la duquesa de Medina, a la cual, por más honrar, la llevó al anca de su mula el conde de Benavente. Traía la duquesa como acompañantes de séquito nueve hermosas doncellas de la nobleza.

Todas vestidas de seda cada una de un color de briales e tabardos⁵, e venía ella [la duquesa] vestida de su rico brial⁶ brocado e chapado con mucho aljófara⁷ grueso e perlas e mui rica cadena al cuello e un tabardo de carmesí blanco aborrado [forrado] de damasco...

Si el Infante motivo de toda esta alegría y boato había nacido el 29 de julio, once días más tarde, el 9 de agosto, acudió la Reina a la catedral a dar gracias a Dios por el favor recibido y a presentar

el recién nacido al Altísimo. Se repitieron las escenas de lujo y alegría por todas las partes. Nada parecía suficiente ni bastante. Así nos dicen que la soberana

[iba] *cabalgando en un trotón blanco, en una mui rica silla dorada en una guarnición larga mui rica de oro y plata e llevaba vestido un brial mui rico de brocado con muchas perlas y aljófar, y delante el rey, muy festivamente, en una hacanea rucia, vestido de un rozagante brocado e chapado de oro, e un sombrero en la cabeza chapado e hilo de oro*⁸.

Naturalmente fue el niño muy amado de sus padres y no se escatimó nada en su crianza y su educación para el futuro como gran rey que se esperaba que fuese —más tarde volveremos sobre este asunto—; sin embargo, parece que el Infante tuvo desde el principio una salud precaria. En la *Historia de Sevilla* de Luis Peraza se nos dice que enfermó de pequeño; es más, se refiere a ello como que estuvo «muy enfermo»:

Siendo niño, los reyes, estando muy enfermo, lo encomendaron a la Virgen de la Antigua de Sevilla, y restablecido, regalaron una imagen de plata del mismo tamaño que el cuerpo del niño para ser colocado en la capilla.

Más allá de la anécdota esta noticia nos habla de una salud quebradiza ya desde los primeros días de su vida, falta de lozanía que le acompañó toda su existencia. Parece ser que el Infante, además de débil, era inapetente. Hay documentación en que se hace explícito que, habiendo el médico recetado al enfermo «sopa y caldo de tortuga», se pide que se remitan a la corte dichos animales para remedio del Infante. Pero no adelantemos los hechos. Digamos que no disfrutó nunca de buena salud. Aunque su ayo don Juan Zapata⁹ y su maestro fray Diego de Deza le prodigaron siempre exquisitos cuidados, nunca pareció un muchacho fuerte como debe ser un niño sano.

Aparte de las preocupaciones que esta falta de robustez y fortaleza causarían en sus padres, la nación entera se alegraba de la existencia del heredero y respiró con satisfacción al saber que había, por fin, un pequeño príncipe que heredaría el Reino y evitaría así los conflictos que sin duda amenazarían al Reino si la here-

dera hubiese sido una mujer. Pronto se llevaron a cabo los preparativos para jurar al pequeño Infante como heredero de las coronas y territorios de los Reyes Católicos.

En abril de 1480 se celebraron Cortes en Toledo y se aprovechó la solemne ocasión para la ceremonia de la jura del Príncipe. Solemnemente se llevó a cabo en la iglesia de santa María, aceptando a don Juan por heredero de los reinos de Castilla y de León, y Fernando Pérez del Pulgar dice que ello se hizo

delante del altar mayor jurando sobre un libro Misal que tenía en las manos el sacerdote que había cebrado la misa.

Lucio Marineo Sículo añade:

Y entonces todos los grandes señores y procuradores del reino prometieron de lo tomar por rey señor de Castilla y de León después del fallecimiento de la reina, su madre.

Pero el Infante había de ser jurado no sólo por Castilla y León, sino también por Aragón, así que un año más tarde viajó doña Isabel con su hijo a Calatayud a fin de que fuese allí jurado como legítimo heredero de Aragón. A Calatayud acudió también el padre, que a la sazón se hallaba en Barcelona.

E como el rey e la Reyna fueron juntos, vinieron el justicia, el gobernador, e todos los caballeros e varones, e los procuradores de las ciudades e villas e todos los otros oficiales que se suelen juntar en las Cortes de aquel reyno¹⁰.

Desde el 7 de abril del año 1481 se hallaban los Reyes en Calatayud, y el Príncipe fue jurado el día 12 de mayo. Advertimos una ligera reticencia por parte de los aragoneses, no por la espera del mes que hubo entre la llegada y el juramento, sino más bien por los comentarios que hasta nosotros han llegado. Jerónimo de Zurita, en *Los anales de la Corona de Aragón*, nos dice claramente:

No hubo el concurso de prelados y grandes caballeros que se requería y era costumbre hallarse en semejante auto que aquel, syendo el mayor príncipe que se había jurado en estos reynos, en cuya sucesión se

juntaban primeramente [por vez primera] las coronas de Aragón y Castilla.

Además de estas ausencias en el juramento, se incluyó como era costumbre la cláusula de que:

Cuando el príncipe tuviera 14 años, antes de usar ninguna jurisdicción haría juramento de guardar los fueros y libertades del reyno en la Iglesia de San Salvador, de la ciudad de Zaragoza delante del altar mayor, públicamente.

Tras la estancia en Zaragoza los Reyes y el Infante se fueron a Barcelona. Primero se fue el Rey, y le siguieron doña Isabel y el Infante, los cuales llegaron a la Ciudad Condal el 14 de julio de 1481. *Allí fue recibida la reyna con el mayor triunfo y fiestas que nunca lo fue rey en los tiempos pasados, en lo cual se quisieron señalar los catalanes sobre todos.*

En Barcelona se juró al Príncipe y se continuaron las Cortes. Al año siguiente los tres visitaron de nuevo Zaragoza, con motivo de los graves disturbios habidos en aquella ciudad. Con el ánimo de apaciguar cuanto antes la situación, desde Guadalajara, el Rey se apresuró en llegar a Zaragoza, cosa que hizo el 9 de noviembre, mientras la Reina y su hijo vinieron con menos apresuramiento —sobre todo por la comodidad y la salud del pequeño, que aún era muy chico y, como dijimos, de frágil salud, y era el tiempo frío y ventoso como corresponde a ese mes—.

Hacia la primavera, con el tiempo muy mejorado, partieron a Valencia. Como era habitual abrió la visita don Fernando (el 4 de marzo de 1483), seguido luego por la Reina con el primogénito. Los ciudadanos de Valencia le hicieron gran recibimiento, tanto a ella como al niño, al que, según su costumbre, al ser la primera vez que entraba en ella el Príncipe heredero, se le recibió solemnemente bajo palio. El 20 de marzo fue jurado sucesor por los estados de ese Reino.

Con estas visitas (1483) no habían terminado aún los viajes y juramentos debidos al Infante. En su camino hacia Vitoria paró en Burgos. Una vez más se le dispensó una solemne entrada. El pequeño don Juan fue transportado gozosamente en andas y rodeado de regidores, alcaldes y cabildo y ante el Hospital del Rey, una vez más, fue recibido bajo palio. Se celebraron fiestas, y el niño re-

cibió regalos y parabienes. Nos ha llegado la noticia de que le obsequiaron con confituras y con «dos platos blancos y dorados con figuras de conejos y de aves». Al año siguiente, 1484, hallamos a los Reyes en Tarazona, donde se reunían Cortes, y allí se repitieron las ceremonias. Llegado este año perdemos un tanto el rastro del Infante, ya que la Reina se aposentó en Granada con vistas a su reconquista, y dada la cantidad de sucesos y graves asuntos, apenas nombran al Infante —que permanecía con su madre— los documentos oficiales o los cronistas.

EL PRÍNCIPE VA TOMANDO POCO A POCO SU LUGAR

En 1485, cuando el Príncipe tenía ya 7 años, los Reyes dejaron Sevilla para concentrar sus esfuerzos y su real presencia en Córdoba, ya que la campaña contra los moros se presentaba, a simple vista, como larga y difícil. A más de la casa y corte, damas y acompañantes de todas clases, tanto militares como civiles, iban con los Reyes sus hijos: doña Isabel, don Juan, doña Juana y doña María. Tenemos noticias de que la Reina se hacía siempre acompañar de don Juan (a quien llamaba «mi ángel»), quizá para que fuese viendo lo que entrañaba el oficio de rey y para que fuese adquiriendo experiencia siquiera por haber presenciado los asedios y batallas, bien que de lejos, pues era demasiado niño para otra cosa. Si acaso su nombre aparece durante este periodo es para nombrarlo con motivo de la recepción victoriosa de sus padres.

No es éste el lugar de hablar de las diferentes alternativas de las batallas que hubieron de librar los Reyes, pero sí diremos que después del desastre del conde de Cabra ante Motril (1485) don Fernando, aconsejado por su esposa, decidió sitiar las fortalezas de Cambril y Alhamar, ambas cercanas a Jaén. Hacia este lugar se dirigieron la Reina con su «ángel» y la infanta Isabel. En ese mismo año de 1485 la Reina hubo de abandonar Jaén y partió hacia Alcalá de Henares, también con don Juan y la Infanta.

Al año siguiente, tenía el Príncipe 8 años, la Reina regresó a Córdoba, siempre con don Juan, mientras que don Fernando habría de llegar algo más tarde. Por primera vez, que sepamos, la Reina quedó en el castillo con la infanta doña Isabel y envió a recibir al rey don Fernando al Infante, acompañado, eso sí, del maestre de Calatrava y de toda la caballería de Córdoba. Este hecho sin duda

llenó de gozo al Rey, que veía como su hijo iba, poco a poco, ocupando un lugar preeminente, pese a su corta edad. Dejando al primogénito en Córdoba fueron los Reyes a tomar Loja, Illora, Montefrío y Colomera, y al volver tuvieron la satisfacción de ver como su primogénito venía a su encuentro con todas las fuerzas de la ciudad, los ciudadanos entusiasmados venían detrás de ellos. Si el Príncipe no acompañaba a sus padres cuando salían de campaña, salía luego a recibirlos con gran pompa, y esto se hizo una costumbre de la que todos disfrutaban, y no sólo los orgullosos padres, sino el pueblo que le amaba y le veía como el esperado heredero de la gloria de sus progenitores.

En 1488 tenía el Infante 10 años, cuando fueron los Reyes de Murcia a Valladolid, y sabemos que con ellos viajaban el Príncipe y las infantas. Al año siguiente se fueron de esta ciudad a Granada con la intención de iniciar la campaña contra los moros, pasaron por varios lugares más y, al llegar a Úbeda, don Juan se quedó allí y no continuó viaje. Ello ha hecho suponer a los estudiosos que, habiendo llegado tan lejos, solamente a causa de alguna enfermedad o indisposición interrumpió el joven su viaje. Quédese esta sugerencia a falta de otra mejor. Pero en todo caso su salud continuaba frágil y era notoria su inapetencia. De todos modos el joven iba incorporándose a los deberes que se esperaba que cumpliera. El 19 de septiembre de 1488 tenía el Infante 10 años, Pedro Mártir de Anglería le escribió una carta, en la cual, entre otras cosas, le decía:

Gustáis, según me lo refirió vuestro maestro [aludía en este caso a don Juan Velázquez, maestresala que fue de don Juan y luego su contador mayor] de cosas muy superiormente impropias de vuestra edad para aprenderlas y retenerlas. Fuisteis alguna vez invitado al Consejo de vuestros padres para opinar en consulta sobre materias muy arduas, y emitisteis dictámenes, cuya prudencia y equidad casi parecían propias de un anciano.

No debemos concluir que el joven heredero en verdad dictaminaba en el consejo, sino más bien que sus padres le acostumbraban a acudir para que adquiriese experiencia y que alguna vez un acertado comentario del niño fue tomado por Pedro Mártir como un «dictamen». El resto de la carta suena más bien áulico que verdadero. Con la ayuda de sus padres el joven iba ocupando el alto sitio que le había deparado su destino.